

dad, he ahí todo su proyecto. La confederación, salida de los tratados del quince, aventajaba en mucho á las otras confederaciones. Mas, á pesar de tales ventajas tenían elementos y factores bien extraños. El gran Ducado de Luxemburgo, por ejemplo, concedido en los tratados al Rey de Holanda, y en cuya virtud este Rey se halló confederado con los demás príncipes alemanes, quedó en situación bien singular á los quince años de haber adquirido tal forma y de haber anexionado á tal soberanía. Consumada la revolución del treinta en Francia, que diera mortal golpe á los tratados del quince, debía resonar por fuerza y por necesidad en Europa. Su primera obra resultó la independencia de Bélgica. El Congreso de Viena sumó Bélgica con Holanda sin parar mientes en aquella incompatibilidad de humores, que se mostrara con tanta claridad, cuando en las guerras religiosas de los siglos décimo-sexto y décimo séptimo Holanda se apartó de nuestra España, y se quedó en nuestra España Bélgica. Divididas las dos naciones había que dividir entre ambas el ducado de Luxemburgo. Viena lo había cedido al Rey de Holanda, quien por esta cesión, entraba como príncipe alemán en el Imperio, y como príncipe alemán tenía representación en las Dietas. Entonces Luxemburgo se dividió, pasando una parte á Bélgica y otra parte á Holanda, la cual Holanda quedó por la parte recibida, con voto en la confederación. Estas cesiones y retrocesiones diplomáticas, llevaban consigo aparejados muchos y muy graves problemas. Así, por ejemplo, en el año 1867, al punto y hora de inaugurarse un tan vasto certamen, como su exposición, el Emperador Napoleón tenía un cuasi convenio con el Rey de Holanda para tomar el Luxemburgo. Y este convenio secreto no llegó á publicidad, sin promover amenazas de guerra, á las cuales quedó como en suspenso. Pues bien: algo así hubo en el asunto célebre de los ducados daneses. Por 1864 Austria y Prusia declararon la guerra en conjunto á Dinamarca, y consiguieron, por la razón de su fuerza superior, una cesión del Hesse, del Nollstein y del Lanwenburgo. Las dos potencias, que habían realizado aquel acto en 1864, riñeron tras varias alternativas en 1866, y tamaña pugna trajo consigo aquella guerra de siete semanas, y tras la guerra de siete semanas, aquellas alteraciones del mapa germánico, las cuales debían concluir trayendo no menos alteraciones al mapa europeo.

La unidad que hoy tiene Alemania, y la organización que hoy alcanza, débense á dos guerras; á la guerra con Austria y á la guerra con Francia. En la primera concluyó aquella confederación germánica, que tuvo caracteres tan opuestos en las victorias y en las derrotas de Napoleón. El Austria, que se había creído siempre la región emperatriz de Alemania, quedó expulsada del suelo alemán. En aquel pueblo, donde había tenido un trono, ya no le quedó espacio ninguno. Así tuvo que ceder á Italia el Véneto, los Estados daneses á Prusia, y á Hungría su libertad é independencia. Las regiones del Norte alemán aquellas más vecinas á Prusia, y con Prusia más homogéneas, formaron otra nueva confederación. Así como con sus victorias Federico el Grande se había en cierta ocasión inol-

vidable anexionado Silesia, su descendiente Guillermo I se anexionó el reino de Hannover, el ducado de Nasau, el electorado de Hesse, y la ciudad libre de Francfort. Los otros Estados, que constituían la total confederación germánica en los tiempos del Austria, quedaron fuera de esta confederación prusiana; pero tal situación, lejos de calmar á Europa, encrespóla, como no había estado nunca encrespada de tal suerte antes. La diplomacia francesa del Imperio, muy mal informada respecto de la opinión germánica, creyendo una especie tan insensata como la especie de una paridad ó de una identidad entre la situación de Austria en Italia y la situación de Prusia en Alemania, empeñóse con verdadera demencia en la obra insensata de impedir á Prusia el paso de la línea que se llamaba del Mein, y en fomentar las propensiones más ó menos separatistas de los pequeños Estados alemanes, á quienes creía ú opresos ó amenazados de opresión por Prusia y dispuestos á derrocarla, siquier para ello necesitasen del auxilio de Francia. Insensato, insensatísimo, el Emperador Napoleón Bonaparte no caía en esta cuenta de que todo le fuera fácil en Italia, porque se hallaba con el libertador Piamonte, y todo le había de ser difícil en Alemania, porque se hallaba contra la libertadora Prusia. En algunos momentos vió con claridad la política más salvadora; pero espantado á las fulguraciones despedidas por la opinión francesa, siguióla como pudiera seguirla un tribuno de la plebe, y no supo dirigirla, ó por lo menos, refrenarla como debía un César de dictadura é imperio. Concluida la guerra del 66, cuando se acababa de constituir la nueva Prusia y se acababa de completar casi la nueva Italia por aquella inolvidable sesión del Véneto, Napoleón, que había demandado inútilmente una rectificación de fronteras en su provecho, hizo de la necesidad virtud, y se puso á defender las nuevas alteraciones en el mapa europeo. Según él, ó según el documento publicado en aquel estío de 66 por un ministro de Negocios Extranjeros, La Valette, constituían el nuevo reino de Prusia y el nuevo reino de Italia, dos incontestables victorias de la Francia revolucionaria y progresiva sobre todas las reacciones y todas las resistencias europeas. El Austria, la obra mayor de la Santa Alianza, y la enemiga más implacable del pueblo francés, á quien amenazaba de un lado por los Alpes con sus posesiones italianas, y de otro lado por el Rhin, merced á la presidencia de su confederación germánica, el Austria quedaba completamente vencida y sin fuerzas ya para intentar una reacción europea. En cambio tres naciones revolucionarias, tres naciones progresivas, tres naciones adictas á la libertad y al derecho, había desde aquel minuto en Europa y eran, á saber: la Francia de la revolución, la Italia nueva nacida del seno de Francia, y la Prusia, enemiga implacable del Austria. Con estos tres elementos, el mundo europeo podía descansar en paz. La Historia de unos hechos tan graves, como los que constituyen la revolución, se conoce mejor cuando se ve desde sus consecuencias que cuando se ve tan sólo en su primer desarrollo. Es indudable que, al contemplar las consecuencias extraídas por los Imperios conjurados contra el movimiento revolucionario, de los senos de la revolución,

condena el alma con mayor brío y pujanza la junta de los Emperadores y Reyes organizada con objeto de oprimir al pueblo francés, redentor de la humanidad entonces. Cuando se observa que sin la revolución francesa, jamás Rusia hubiese abolido la servidumbre, ni contado con las nacionalidades que asedian hoy en las orillas del Danubio y en las aguas del mar Jónico y del mar Egeo al Imperio musulmán; que sin la revolución jamás Hungría hubiera llegado á su independencia de hoy, así como jamás hubiera constituido Austria el pacto de alianza con sus pueblos, á cuyo espíritu debe su paz y libertad; que sin la revolución, jamás Alemania hubiera tenido esa unidad, por cuya virtud ha estado cuatro lustros ejerciendo su hegemonía sobre nuestro continente, no puede uno menos de proclamar la ceguera de cuantos no aciertan á leer lo porvenir, como no acertaron el año noventa y uno del siglo pasado, los coligados contra Francia y su revolución redentora. Ya lo veremos en otros Estados también. Volvamos á la fuga del Rey.



CAPITULO TRIGÉSIMO-OCTAVO

La nueva cautividad del Monarca.

Con todos los esfuerzos hechos por el Rey para producir de modo artificial y premeditado la reacción, sólo invencible, cuando espontánea, volvíanse contra él, y lejos de refrenar el movimiento, lo impulsaban y lo enardecían. Por la mojiganga enviando los gentiles hombres á desalojar el Congreso, cual si los diputados fueran muebles, convirtiéndose la humildad de los siervos en la soberbia de los ciudadanos; por el cierre arbitrario de las sesiones, los Estados Generales llegaron á ser Asamblea nacional constituyente; por las cenas de los guardias conjurados contra la libertad, el Rey fué cautivo; por la fuga de Varennes, ante la Monarquía estalló una tan grande aspiración republicana, que la realeza con toda su majestad trocó su trono en cadalso, y la República, evocada de súbito, subió desde los abismos de una reprobación universal á las cumbres de un Estado democrático y nuevo. Luis XVI tenía dos caminos que seguir: ó la transacción ó la resistencia. Quiso resistir y ceder al mismo tiempo, sufriendo así todos los inconvenientes de ambos métodos. Mas narremos. Con harta lógica muestran los hechos la verdad de nuestras reflexiones. Imaginaos el asombro colectivo de París al saber la regia fuga. No se había verificado aún el divorcio entre la realeza y la plebe. París, aun el más revolucionario, quería un Rey sometido, no un Rey destronado, y menos que destronado aún, lo quería ido á hurtadillas hacia la frontera en requerimiento y busca de fuerzas extrañas que revolver contra la Constitución y la Patria. Imaginaos esos truenos prolongados y secos, resonantes arriba, y nuncios desde lejos